

1985

Señor
Cardenal Juan Francisco Fresno
Presente

Estimado Señor Cardenal:

Nos dirigimos a Ud. para expresar por su intermedio nuestro reconocimiento a los esfuerzos de la Iglesia Católica chilena para que el país supere el actual estado de cosas y alcance, en el más breve plazo posible, un régimen democrático.

Esta es la gran tarea de hoy, de todos los que amamos a nuestra patria y su pueblo: poner fin a la dictadura. Esto es urgente, no admite más demora.

El régimen dictatorial ha conducido al país a la mayor crisis de su historia. Millones de chilenos se debaten entre el hambre, la miseria y el agobio. Por doce años nos han sido conculcadas nuestras libertades más esenciales. La desinformación, la mentira y el engaño han sido usados sistemáticamente por el gobierno para ocultar la verdad de los graves problemas nacionales y manipular nuestras conciencias.

En Chile no existe, siquiera, el derecho a la vida. Las familias chilenas se ven constantemente amenazadas por el atropello, la inseguridad y la desintegración. La dictadura ha costado al país más muertos que la Guerra del Pacífico. La tortura, los vejámenes y secuestros intimidatorios se suceden diariamente contra los opositores, sean éstos mujeres, jóvenes o sencillos hombres del pueblo. La violencia y el terror se descargan contra los chilenos y contra toda expresión democrática sin distinciones de credo, clase social o posiciones políticas. Esta dramática realidad de nuestro país seguirá reproduciéndose mientras permanezca la dictadura.

Con justa razón, la gran mayoría de los chilenos se pregunta ¿hasta cuándo seguiremos soportando el hambre, la opresión y tanta barbarie?, y exige de quienes tenemos responsabilidades en el quehacer nacional, mayor decisión para terminar con este estado de cosas.

Por eso, todos, excepción hecha de los gobernantes y de quienes les apoyan, hemos acogido positivamente el llamado de la Iglesia Católica a la reconciliación en la verdad y la justicia. Para el pueblo chileno este llamado tiene mayor significación, puesto que ella se ha ganado su respeto y cariño por el papel que ha jugado en la defensa de los hambrientos, los humillados, los perseguidos.

Nosotros hemos sido y somos partidarios de la reconciliación y el reencuentro democrático del pueblo chileno. Lo hemos buscado perseverantemente. En las fábricas, en las poblaciones, en las escuelas y en las calles, más allá de las naturales diferencias, el pueblo lucha en conjunto por sus derechos, trabaja codo a codo por la conquista de su bienestar y su libertad, aprende a superar las rivalidades de antaño y presiona a sus dirigentes para que busquen la unidad por sobre las divergencias.

Hemos dado algunos pasos en esa dirección. Recientemente, bajo el patrocinio de la Comisión Chilena de Derechos Humanos, se firmó el Manifiesto por el Reencuentro Democrático del Pueblo de Chile. Fue suscrita por el más amplio y representativo abanico de dirigentes y organizaciones políticas y sociales de las fuerzas democráticas y opositoras del país. Representa nuestra común voluntad de luchar unidos, incansablemente, por alcanzar nuestros comunes objetivos democráticos.

Además del valor histórico que encierra, este compromiso alienta la esperanza de millones de gentes sencillas del pueblo que claman por que marchemos juntos todos los que queremos terminar de una vez con estos doce años de oscuridad y de muerte. Pero en este camino es

mucho más lo que se debe y se puede hacer. Por ello creemos que es altamente valorable el aporte que la Iglesia Católica puede hacer en este necesario proceso. De nuestra parte, estamos dispuestos a seguir entregando el nuestro con patriotismo y generoso espíritu, compartiendo con el pueblo la certeza de la victoria democrática en base a nuestra lucha decidida y unitaria.

Estimado Señor Cardenal:

Ud. ha tomado la iniciativa de invitar a un número determinado de dirigentes políticos a conversar sobre la gravedad del momento que vive el país, en la búsqueda de los consensos necesarios para abrir paso al camino de la reconciliación y el reencuentro democrático de los chilenos.

No hemos sido invitados. Por la prensa nos hemos informado que Ud. ha venido conversando individualmente con distintos personajes políticos gobernistas, de centro derecha y de la Izquierda Cristiana. Ello ha dado como resultado la realización de dos reuniones de las que sólo sabemos quienes participaron; que éstos estarían elaborando, con la ayuda de sus asesores, un programa político sobre la futura democracia y la transición hacia ella; y que tal programa generaría un acuerdo y alianza de las fuerzas políticas participantes; que lo presentarían a consideración del gobierno dictatorial y lo difundirían al país.

Mucho se tergiversa sobre lo que nosotros pensamos y hacemos. Por eso ha sido actitud permanente nuestra el abordar las cosas con la mayor franqueza y claridad. Esto facilitará nuestro común esfuerzo por la reconciliación.

Nos hacemos eco y compartimos las preguntas que hoy se hacen los chilenos, sobre todo los pobres y los oprimidos: ¿Qué es y qué puede significar, hoy en Chile, la reconciliación? ¿Cuáles son sus objetivos? ¿Quiénes están realmente interesados en la reconciliación y, por tanto, quienes deberían ser sus protagonistas principalmente? ¿Cuál será el futuro esperado y el que es posible prever como resultado de la gestión que Ud. ha promovido?

Sobre estas materias queremos hacerle llegar nuestra opinión que, nos atrevemos a decir, representa a millones de jóvenes, hombres y mujeres de nuestro pueblo.

1.- La reconciliación, el reencuentro democrático de los chilenos sólo es posible poniendo fin a la dictadura y abriendo paso a un régimen democrático. El esfuerzo por la reconciliación, entonces, es fructífero si se encamina, con urgencia, hacia esos objetivos.

Nosotros hemos propuesto para ello la necesidad de un gran Acuerdo Democrático Nacional, que tenga el concurso de todas las fuerzas políticas y sociales, ampliamente mayoritarias en el país, que compartan esos objetivos; y al cual concurren todos los chilenos independiente de que sean creyentes o no creyentes, civiles o uniformados. Tal Acuerdo Democrático Nacional, con tal mayoritario y contundente respaldo, podría, en el corto plazo, si se lo propone resuelta y unitariamente, crear las condiciones para desplazar al régimen dictatorial. Naturalmente surge la pregunta y luego qué? del caos? de la disputa intestina? Eso no es así de ningún modo, sólo ha sido una habilidosa estrategia publicitaria de la dictadura.

Reconocemos que en el seno de las fuerzas que aspiran a la democracia, hay distintas visiones sobre lo que ésta debería ser. Esto es natural. Corresponde a la diversidad de intereses, de clases y por tanto, de proyectos sobre el futuro Chile democrático. Sobre este punto nuestra posición ha sido clara: pongámonos de acuerdo en lo básico y dejemos que lo demás lo decida, soberanamente, el pueblo en condiciones de convivencia democráticas. Estamos convencidos de que es posible este acuerdo básico. Las principales fuerzas políticas han coincidido en los

Contenido de ello. Esto es, el desplazamiento de Pinochet, generar un Gobierno Democrático Provisional, que reúna el concurso de todos los sectores y fuerzas democráticas del país, sustentado, por tanto, en la inmensa mayoría nacional.

Este Gobierno Democrático Provisional tendría, principalmente, tres líneas básicas para su acción:

- a) Redemocratizar al país sobre la base de generar una Asamblea Constituyente, libre y democráticamente elegida, que elabore y entregue a la sanción soberana del pueblo una nueva Constitución Política del Estado Chileno. También, instaurando en pleno el conjunto de libertades cívicas, sociales y políticas, en base a la Constitución de 1925 y sus posteriores reformas.
- b) Poner en práctica, de inmediato, un Plan Económico Social de Emergencia que enfrente los problemas más dramáticos de las mayorías nacionales y restituya a la economía nacional su independencia encaminándola en función del desarrollo de los intereses nacionales.
- c) Restaurar y asegurar el pleno respeto a los Derechos Humanos de todos los chilenos, aún para aquellos que en estos doce años no los han respetado, tomando como base la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Esto implica, necesariamente, el esclarecimiento, la justicia y sanción, en derecho, de todos los atropellos cometidos durante estos doce años.

Estimado Señor Cardinal:

Ponemos en su conocimiento estos planteamientos, en el convencimiento de que ellos constituyen una base sólida y ampliamente compartida por la mayoría de los chilenos. Estamos seguros que Ud. sabrá apreciar el espíritu generoso y sensato, unitario y realista, de nuestras proposiciones.

2.- La vida del país durante estos doce años y los recientes acontecimientos enseñan con toda evidencia quienes realmente participan de los objetivos de la reconciliación.

Doce años de dictadura son más que suficientes para concluir que ésta y quienes la apoyan, no participan del anhelo nacional de reconciliación. Para mayor claridad, sus voceros y sus acciones así lo han reiterado el último tiempo. Ahí están los crímenes de José Manuel Parada, Manuel Guerrero, Santiago Mattino y tantos otros y el temor y amedrentamiento contra militantes cristianos, sacerdotes y laicos de la propia Iglesia. No podemos pasar por alto la diferencia en el comportamiento y la relación con la Iglesia Católica entre el régimen dictatorial de Pinochet y el Gobierno Constitucional y Democrático de Salvador Allende.

Esto y tanto más que se podría agregar interminablemente demuestra que a la dictadura no le interesa, en absoluto, la reconciliación y, por el contrario, está en guerra contra el pueblo y todos los sectores e instituciones democráticos. Sólo está interesada en prolongarse indefinidamente en el poder y seguir garantizando los mezquinos y minoritarios intereses que representa, sin importarle el sufrimiento y el dolor de los chilenos, la creciente descomposición de la vida nacional y amenazando y enfrentando con más y más represión el clamor de los chilenos y de la propia Iglesia por poner fin a la barbarie y alcanzar la paz.

El esfuerzo de reconciliación, de encuentro democrático de los chilenos, interesa a todos quienes hemos luchado, aún a costa del riesgo de nuestras vidas y de la tranquilidad de nuestros familiares, consecuentemente por la democracia, la libertad y el bienestar para nuestro pueblo. Esta es la inmensa mayoría nacional, que, con generosidad, no pone obstáculos a la participación en este esfuerzo, a quienes, si bien hasta ayer apoyaban o eran empleados de esta dictadura, hoy están, sinceramente y en los hechos, por sumarse a la conquista de la democracia.

El esfuerzo de reconciliación que la Iglesia Católica realiza, debiera, por tanto, reconocer esta realidad y promover y alentar el encuentro, la acción común y el entendimiento de esa mayoría nacional democrática y las organizaciones políticas y sociales que representa. En tal esfuerzo coincidiríamos plenamente.

Estimado Señor Cardenal:

En esta materia de la unidad y el reencuentro hay quienes argumentan sus posiciones excluyentes y sectarias y sus afanes hegemónicos, amparados en la gigantesca campaña anticomunista y antimarxista en general, que ha sostenido la dictadura durante estos doce años para ocultar sus felonías, especialmente en los últimos meses; y en el supuesto apego "intrínseco" a la violencia de nuestra parte.

Estamos seguros que la Iglesia Católica chilena, sobre todo quienes de ella viven, sufren y luchan junto al pueblo, no se hacen eco de estas falsedades, de estas campañas infames e interesadas, que sólo se alimentan en la impunidad y en la falta de libertades.

Varias décadas de lucha popular consecuente por los derechos de nuestro pueblo y las amplias mayorías y por el ensanchamiento de la vida democrática en todos sus aspectos, demuestran -aún para los que no lo quieran ver- que la clase obrera y el pueblo y sus partidos populares han sido y son las fuerzas fundamentales y más consecuentemente democráticas. Son otros, y de diversa gama, quienes por su pasado y presente habrá que exigirles real compromiso democrático. Esto es una verdad indelible, del porte de una Catedral. Ahí está, como un gigantesco monumento que trascenderá en la historia, el ejemplo de principios democráticos, libertarios y civilizados de los años del Gobierno popular, del cual fuimos principales protagonistas; intento de progreso y liberación de nuestro pueblo por caminos "pacíficos" que fuera aplastado a sangre y terror por las clases reaccionarias que usurparon el poder en el golpe fascista.

Odiamos la violencia y el terror y por eso ponemos todo nuestro empeño, al precio de nuestras vidas, por ponerle fin cuanto antes al régimen que basa su existencia en ellos. La sociedad capitalista, por su naturaleza de clases encierra conflictividad y un grado de violencia determinado. Ella siempre tiene su origen en la despiadada violencia económica y represiva con que las clases dominantes reaccionarias someten a los oprimidos. Los cauces por los cuales ello discorra no dependen, entonces, de nosotros. Estos doce años han sido comprobación más que suficiente. Hemos visto como las fuerzas reaccionarias, internas y extranjeras, encabezadas por Pinochet, han impuesto la violencia en todos los planos y el terror más brutal en la convivencia nacional descargándolo principalmente sobre el pueblo y sus organizaciones políticas y sociales. Eso a obligado al pueblo a hacer uso de determinados grados de violencia en defensa contra la barbarie represiva, para proteger sus familias y poblaciones, y en combinación con otras múltiples formas no violentas de actuar, en la búsqueda de los caminos de liberación de Chile y su pueblo.

3. Sobre el diálogo, parcial y excluyente, al que Ud. ha convocado a determinados sectores; qué opiniones nos merece y qué es posible preveer de sus frutos, previamente a emitir juicios, quisiéramos intercambiar nuestras opiniones sobre la reconciliación con las vuestras. Sin embargo quisiéramos hacerle una consideración general. Para buscar el reencuentro democrático de los chilenos, es claro que en la actual mesa de diálogo no son todos los que están ni están todos los que son". Los acuerdos sobre el curso de la convivencia nacional emanados de tal círculo heterogéneo, restringido y excluyente de dirigentes políticos, no pueden comprometer a amplios y relevantes sectores del país. Más aún si no se coloca en el centro el término inmediato de la dictadura, como primera condición ineludible para la reconciliación entre los chilenos. Creemos firmemente que toda iniciativa al respecto, aún más si está patrocinada por la Iglesia Católica, debiera buscar el concurso participativo, sin exclusiones, de todos los chilenos que luchan por el pronto término de la dictadura y el advenimiento de la democracia.

Esperando su buena acogida y a vuestra entera disposición, a nombre del MOVIMIENTO DEMOCRÁTICO POPULAR, le saludan atentamente,

José Sanfuentes, Secretario General
Reinaldo Sáez, Consejero Nacional
Sandra Palestro, Consejero Nacional
Jecar Nájera, Consejero Nacional
Germán Correa, Consejero Nacional

Manuel Almeyda, Presidente
Rafael Marotto, Consejero Nacional
Guillermo Zabala, Consejero Nacional
Osiel Nuñez, Consejero Nacional

Santiago, a 21 de agosto de 1985.